

EN PAGO A UN HOSPEDAJE

---

ESTUDIO SOBRE EL PASO DE CER-  
VANTES POR EL CASTILLO DE LOS  
DUQUES DE VILLAHERMOSA

POR

ATANASIO SINUÉS RUIZ

Catedrático del Instituto "Montserrat" de Barcelona



ZARAGOZA

Tip. «La Académica» - Audiencia, 5

1942







EN PAGO A UN HOSPEDAJE

---

ESTUDIO SOBRE EL PASO DE CER-  
VANTES POR EL CASTILLO DE LOS  
DUQUES DE VILLAHERMOSA

POR

ATANASIO SINUÉS RUIZ

Catedrático del Instituto "Montserrat" de Barcelona



ZARAGOZA

Tip. «La Académica» - Audiencia, 5

1942



A Ricardo Fraile, pedrolense ilustre  
y amigo sincero,

El Autor

Berna 6-XI-47.



EN PAGO A UN HOSPEDAJE

---

## Estudio sobre el paso de Cervantes por el castillo de los Duques de Villahermosa

---

### I

#### CERVANTES EN PEDROLA

¿Estuvo Cervantes en Pedrola? ¿En qué ocasión? He aquí dos interrogantes que, sin respuesta satisfactoria, vagan por las páginas de más de una publicación importante; dos interrogantes, cuya contestación exacta o, al menos, aproximada, me libraría de aumentar con el mío el sinnúmero de trabajos que sobre Cervantes se han escrito, capaces de producir aquellas tribulaciones de Don Quijote que llegó a compadecer Rubén Darío:

*soportas elogios, memorias, discursos,  
resistes certámenes, tarjetas, concursos...,*

y situaría la verdad histórica en el lugar que le corresponde.

Se admite como cosa incuestionable que la Naturaleza es la fuente y fundamento del Arte. Este principio, patente en el arte realista, fué cultivado con una fidelidad asombrosa por Cervantes, quien, junto con aquel coloso de la pintura española, que se llamó Velázquez, es el intérprete más grande y el observador más sagaz de la Naturaleza de cuantos hubo en el mundo.

Nadie, sin embargo, deduzca de aquí que las leyes de la geografía y de la cronología seguidas por Cervantes en la novela inmortal son un reflejo exactísimo de personas y paisajes, aun arrancados del natural. Sería ello prescindir de la fantasía, o lo que es lo mismo, la novela dejaría de ser novela.



En cuanto a las graciosas aventuras fingidas en la parte más amena, más deliciosa y más profunda, aquella segunda parte del *Quijote* que Menéndez y Pelayo calificó de “serena, perfecta y equilibrada...”, en que la intuición poética de Cervantes alcanzó la plena conciencia de su obra, trocándose de genialmente inspirada en divinamente reflexiva” (1), consta que fueron colocadas en un paraje cercano al río Ebro, camino de Castilla a Zaragoza, con ocasión de ir el valeroso hidalgo a esta ciudad y a las justas del arnés, que todos los años celebraba con motivo de su Santo Patrón la antigua Cofradía de San Jorge, después Real Maestranza de Zaragoza.

Ocurrieron, por tanto, en el reino de Aragón; y para que de ello no quepa duda alguna, se lo hace decir Cervantes a Doña Rodríguez varias veces; bien al hablar de sus catarros, *que en esta tierra de Aragón son tan ordinarios*, bien al decir a Don Quijote: *Mi señora la Duquesa que estaba recién casada con el Duque mi señor, quiso traerme consigo a este reino de Aragón; o ya cuando en el mismo diálogo le cuenta: es, pues, el caso, Señor Don Quijote, que aun cuando vuestra merced me ve sentada en esta silla y en la mitad del reino de Aragón...* Y al paje que lleva a Teresa Panza las cartas y presentes de Sancho y la Duquesa, le hace decir: *porque quiero que sepan vuestras mercedes que las señoras de Aragón* (y se está refiriendo a su ama), *aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras castellanas...*

Así lo admitió, como no podía ser menos, en el siglo XVIII, el primero de los comentaristas del *Quijote*, don Juan Antonio Pellicer (2), y con él todos los demás, dando por seguro que el

---

(1) *Discurso acerca de Cervantes y el Quijote*. Segunda edición, Madrid, 1905, página 4.

(2) “Todas estas aventuras le sucedieron a nuestro andante Manchego yendo “desde Castilla a Zaragoza con intención de hallarse en las justas del Arnés (P. II. “cap. XXVII, pág. 321) y por consiguiente antes de llegar a aquella ciudad. Llega “en efecto a la orilla occidental del Ebro, ve un barco, que estaba atado en ella “al tronco de un árbol, dexa atados a Rocinante y al Rucio al tronco de otro; y “se embarca en él para socorrer a la Princesa, a quien creía tenían oprimida en las “hazeñas los malandrines y follones de los molineros. Acabada esta aventura, vuel- “ven Don Quixote y Sancho adonde habían dexado atadas las caballerías, y se reti- “raron del famoso río; esto es, se retiraron tierra adentro, o caminaron por los “lugares situados en la misma orilla occidental del Ebro, donde al salir de una selva “encontró Don Quixote a unos cazadores de cetrería, o de aves: estos eran los “Duques que le llevaron a una casa de placer que allí cerca tenían.



castillo (3) de los Duques sacados a luz por el glorioso escritor y la casa de placer corresponden puntualmente a Pedrola.

A mayor abundamiento, esta casa de placer con sus jardines y alamedas y bosques de caza cerrados aparece, cabalmente, *en la mitad del reino de Aragón*, palabras que en boca de la asturiana Doña Rodríguez cobran un valor casi exacto, ya que, pronunciándolas en Pedrola, solamente la separaban unas seis leguas de Zaragoza, que es el verdadero centro geográfico de Aragón.

Pues añádase que la *ínsula* que gobernó Sancho y a la que el gran escritor con su habitual ingenio llamó *Barataria* coincide en su situación con Alcalá de Ebro, lugar de señorío, como Pedrola, de los Duques de Villahermosa, y situado, si hemos de creer a Cervantes, cerca del castillo de tales Duques, como consta en varios lugares de los capítulos XLV y LI. Dícese también no sólo que era *sobremañera fértil y abundante*, sino que *era uno de los mejores lugares que el Duque tenía* (4). Y en Alcalá de Ebro se verifican esas circunstancias de fertilidad, abundancia y proximidad al castillo de los Duques, que atri-

---

"Esta casa de placer o de campo constaba de un castillo o palacio, de jardín, y "de bosque para la diversión de la caza: y es natural que no lejos de allí estuviese "el lugar de la residencia ordinaria de los Duques. Todo esto, repito, estaba antes "de pasar el Ebro, porque, aun después de concluídas todas las aventuras del cas- "tillo, y de despedido Don Quixote de sus huéspedes, dice la Historia que endere- "zó su camino a Zaragoza (cap. LVII al fin).

"En esta situación está puntualmente la villa de Pedrola..." Etc. (Juan Antonio Pellicer, *El ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*.—Madrid, Año de MDCCLXXXVIII, págs. 353-354, nota 1, al cap XXX).

(3) "La situación de éste—dice Clemencín—debió ser en la orilla derecha del "Ebro, que era donde se hallaban nuestros viajeros, como se ve por lo referido al "fin del capítulo precedente; y esta seña conviene con las del palacio de Buenavía "y de la villa de Pedrola, que actualmente se encuentra entre el Ebro y el canal "imperial de Aragón, confirmando de esta suerte las conjeturas de Pellicer de que "se habló en las notas anteriores. La carta de los viajes de Don Quijote formada "por D. José Hermosilla y publicada por la Academia española, colocó el palacio de "los Duques a la izquierda del Ebro; pero lo contradice el contexto de la fábula. "Don Quijote caminando de la Mancha para Zaragoza, no debió pasar el Ebro antes "de llegar a aquella ciudad: ya cerca de ella mudó de propósito y resolvió dirigirse "a Barcelona; supuesto lo cual hubo de atravesar el río Ebro por debajo de Zaragoza, "según lo indicó el mapa publicado por Pellicer, más ajustado en esta parte a la "historia que el de la Academia Española". (Diego Clemencín, *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, y comentado por D...*—Parte II, Tomo V, pág. 124, nota. Madrid, 1836).

(4) Cap. XLII y XLV.



buye Cervantes a la referida *ínsula*, aparte el hallarse en aquel entonces Alcalá casi en forma de isla, pues de tal modo la circundaba el Ebro, que sólo venía a quedar utilizable una lengua de tierra, por donde buscaba la salida al *Camino Viejo* que la unía con Pedrola.

Y lamento, al llegar a este punto, que mis investigaciones no me hayan permitido, hasta ahora, dar con el nombre de un benemérito sacerdote, natural y beneficiado de Pedrola, quien, fundándose en la combinación de los requisitos expuestos y muy aficionado a la lectura del *Quijote*, se adelantó al propio Pellicer y fué el primero en esparcir la voz, en contra de la opinión del P. Sarmiento (5), de que Cervantes había situado en Alcalá de Ebro la *ínsula Barataria* (6).

Forzoso es, por tanto, concluir que la descripción de los lugares en donde se desarrollan los episodios más valiosos de la novela, por la unidad y el interés de la acción, no es una copia del natural en el riguroso sentido de la palabra (que, en el caso, resultaría harto menguada), pero sí que lo es en el sentido amplio y elevado de que los Estados de la Casa de Villahermosa con sus parajes, castillo, casa de placer, *ínsula*, coto de caza, situación respecto del Ebro y de Zaragoza, etc., se compadecen perfectamente, en sus características esenciales, con la realidad geográfica, copia que Cervantes no hubiese intentado plasmar, de no haber conocido el original previamente y con los precisos detalles, acostumbrado como estaba a no tratar sino de cosas conocidas, y recreándose no pocas veces en describir, después de haberlas tamizado con su fantasía portentosa, las que veía.

Se dirá, tal vez: ¿no pudo haber tenido el autor inmortal otra fuente de conocimiento que la adquirida por sus ojos? Si de fuente única y exclusiva se trata y mientras no haya otras pruebas que las actuales, hay que decir que no. Pues ¿y la amis-

(5) "El P. mtro. Sarmiento aventuró algunas conjeturas sobre su situación, y se "inclina a que el nombre de *Barataria* pudo haberse derivado de las islas *Platarías*, "que componían un archipiélago de que habla Fernán Méndez Pinto en su *Historia* "*Oriental* (pág. 295); y a que de *Plataria* se diría *Palataria*, de aquí *Balataria*, y "*últimamente Barataria*. (*Conjetura sobre la insula Barataria: ms.*). Pero éstas "*más parecen meras ocurrencias que fundadas conjeturas*. Cervantes sólo dice que "*se llamaba la insula Barataria*, o ya porque el lugar se llamaba Baratario, o ya "*por el barato, con que se le había dado el Gobierno*". (Pellicer, ob. cit., tom. I, pág. 357).

(6) Id., id., pág. 358.



tad de Cervantes con los hermanos Argensola? Entre todas las sospechas, será ésta, sin duda, la de mayor peso. Sin embargo, descontando que semejante amistad no siempre fué diáfana, y menos en los años comprendidos entre la aparición de la primera y de la segunda parte del *Quijote*, siempre sería insuficiente para deducir que de lo que Cervantes hubiera podido platicar con los Argensola nacieran en su mente los tales Duques aragoneses. No, las impresiones relativas al género de vida, costumbres, boato, personas y, sobre todo, lugar de los Duques, aun sin ser, pues no lo son, una verdadera semblanza, exigieron y tuvieron en Cervantes un anticipo directamente percibido por sus ojos (7).

---

(7) Es, sin duda, apasionado el parecer de que Cervantes satirizó en la persona del *grave eclesiástico* sostenedor del inoportuno lance con Don Quijote en la mesa de los Duques, al canónigo Bartolomé L. de Argensola, quien, con su hermano Lupercio, no sólo influía en la casa de los Villahermosa, sino también en la del Conde de Lemos. Para Pellicer, esta sátira no es personal, sino general e indeterminada, ni el satirizado es sacerdote secular, sino regular o religioso. Clemencín, y antes que él Vicente de los Ríos, ve aquí pintado al religioso que gobernaba la casa del Duque de Béjar.

Sea de ello lo que fuere, oportuno parece recordar, a propósito de la decantada amistad, que desde 1608, esto es, siete años antes de que Cervantes publicase la segunda parte del *Quijote*, Lupercio L. de Argensola sustituía a Juan Ramírez de Arellano en el cargo de secretario del Conde de Lemos, designado ya para virrey de Nápoles. Deseaban ir con el Conde a la ciudad de la Sirena, en calidad de protegidos, no pocos escritores, y, entre ellos, Cervantes. La selección de los pretendientes, hecha con intervención de los Argensola, defraudó no poco, y de ella se quejaron el poeta zafreño Cristóbal de Mesa en su epístola *Al Conde de Lemos yendo por virrey a Nápoles* y Luis de Góngora, quien dejó traslucir su despecho escribiendo en 1611 el conocido soneto que comienza:

“El Conde mi señor se fué a Napóles;  
El Duque mi señor se fué a Francia:  
Príncipes, buen viaje; que este día  
Pesadumbre daré a unos caracoles”.

Pero en cuanto a Cervantes dice Rodríguez Marín—hubo algo más que una mera pretensión de ir con el Conde; hubo promesas, que no se cumplieron, por los Argensola. Por eso, viéndose excluido de aquella *corte poética* conducida por *Mercurio* (el Conde de Lemos) en su barca, escribió todo dolorido en su *Viaje del Parnaso*:

“Mandóme el del alígero calzado  
que me aprestase y fuese luego a tierra  
a dar a los Lupercios un recado,  
en que les diese cuenta de la guerra  
temida, y que a venir les persuadiese  
al duro y fiero asalto, al ¡cierra, cierra!



— Señor, le respondí, si acaso hubiese  
otro que la embajada les llevase,  
que más grato a los dos hermanos fuese,  
que yo no soy, sé bien, que negociase  
mejor.—Dijo Mercurio:—No te entiendo,  
y has de ir antes que el tiempo más se pase.

—Que no me han de escuchar estoy temiendo,  
le repliqué, ya si el ir yo no importa,  
puesto que en todo obedecer pretendo:

que no sé quién me dice y quién me exhorta  
que tienen para mí, a lo que imagino,  
la voluntad, como la vista, corta;

que si esto así no fuera, este camino  
con tan pobre recámara no hiciera,  
ni diera en un tan hondo desatino,

pues si alguna promesa se cumpliera  
de aquellas muchas que al partir me hicieron,  
lléveme Dios si entrara en tu galera.

Mucho esperé, si mucho prometieron,  
mas podrá ser que ocupaciones nuevas  
les obligue a olvidar lo que dijeron." Etc.

(*Viaje del Parnaso, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra. Edición crítica anotada por J. T. Medina, I. Texto y anotaciones, pág. 105 y ss., versos 945-971. — Santiago de Chile, MCMXXV.*)



## II

### FECHA APROXIMADA DE SU PASO POR EL PALACIO DE PEDROLA

Pero ¿cuándo estuvo Cervantes en Pedrola? Aquí radica, precisamente, la dificultad. Y, ella no obstante, pocos puntos oscuros de la vida del autor del *Quijote* habrán sido tratados con una mayor ligereza. Se entiende, por los amigos de las soluciones agradables y fáciles, los cuales no constituyen, por fortuna, entre los cervantófilos, el mejor grupo.

Miguel de Cervantes —parecen discurrir— anduvo de paje con el Cardenal Acquaviva; por tanto, en la visita que éste hizo a su pariente, el gran Duque don Martín, fué cuando tuvo ocasión de conocer *de visu* la casa ducal de los Villahermosa.

Ya tenemos la bonita... patraña, en disposición de pasar de escritor a escritor, entre aquellos que, sin reparar en más, se copian unos a otros.

El origen de ella hay que buscarlo en Pellicer. Refiriéndose el ilustre cervantista a la salida de España de Acquaviva, como enviado de San Pío V, dice textual y escuetamente: "Acaso este Legado llevó consigo a Italia a Miguel de Cervantes, prendado de su agraciada persona y dispierto ingenio" (1). *Acaso...* he aquí la conjetura. Conjetura que don Martín Fernández de Navarrete se encargó, en el pasado siglo, de reforzar, ampliar y casi convertir en hecho cierto, a vueltas con otros que efectivamente lo son, sin más fundamento que su capricho: "Este legado —dice refiriéndose a Acquaviva— gustó mucho de algunos cortesanos de ingenio, y procuró granjearse su amistad,

---

(1) *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, tomo I, pp. LVIII-LIX.



honrándose de tenerlos familiarmente a su mesa, de llevarlos en su carroza cuando salía en público, y de hacerles muchas mercedes, complaciéndose en tratar con ellos de varias cuestiones curiosas de política, ciencias, erudición y literatura. Como Cervantes asegura haberle servido en Roma de camarero, *es de presumir*, conociendo el carácter e inclinación de monseñor Aquaviva, que hallándose en Madrid cuando se hicieron las exequias de la Reina, y al tiempo que Cervantes dedicaba la elegía al Cardenal Espinosa, prendado de su ingenio y penetración, y acaso compadecido de su escasa suerte, le admitió en su familia y comitiva al regresar a Italia; cuyo viaje emprendía entonces con suma facilidad y frecuencia la noble juventud española, sin desdeñarse de servir familiarmente a los papas y cardenales, como lo hicieron don Diego Hurtado de Mendoza, don Francisco Pacheco y otros para continuar en Roma sus estudios, y conseguir por su influjo las más pingües o elevadas dignidades de la Iglesia: o bien dejaban su patria incitados del deseo de ver mundo, y de probar ventura en el ejercicio de las armas, que aunque más estéril de riquezas, atraía grande reputación y esclarecido nombre en época tan gloriosa y memorable para el imperio español" (2).

Pero los de la infundada especie no se paran en pelillos, y preparan el asalto definitivo mediante la fantasía de don Manuel de Foronda, quien vió ya claro como la luz del día lo que el propio Fernández de Navarrete no había hecho más que presumir: "Conforme—escribe el autor de *Cervantes viajero*—D. Buenaventura Carlos Aribau con D. Martín Fernández Navarrete y con el Sr. Morán, *se tiene por cosa fuera de todo género de duda* que Cervantes, a fines de 1568 o principios del 69, pasó a Roma en calidad de camarero de monseñor Julio Aquaviva, hijo de los duques de Atri y legado de S. S. Pío V...", etcétera (3). Y, mal que le pese a Cervantes, quien nos ha dejado escrito que jamás puso los pies en Francia, el Sr. Foronda le hace salir de España por Perpiñán, lo detiene en plan de hospedado en un mesón de la nación vecina y lo hace seguir,

---

(2) *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Parte Primera, n. 7, pp. 13-15, Madrid, 1819.

(3) Manuel de Foronda: *Cervantes viajero*, págs. 45-46.—Madrid, 1880.



a placer, por la Francia meridional, por el Piamonte, por el Milanesado y por la Toscana, hasta la capital del orbe católico. Nadie se extraña demasiado, que, en otra ocasión, le hizo ir nada menos que a la isla Terceira (en las Azores), y hasta se consigna así en el mapa con que Foronda ilustra sus fantásticas descripciones, isla en la que estuvo, efectivamente, Rodrigo Cervantes, pero no su hermano Miguel.

Así las cosas, el tercer centenario de la edición príncipe del *Quijote* (1905) contribuyó, aunque en un radio de acción reducido, a que cuajase el error sobre este punto, bien por haber cogido mal preparados a los poquitos escritores que acerca de él trataron, bien porque, llevados ellos de atenciones singulares de lugar o de persona, eligieron para salir del paso el camino más cómodo y, desde luego, más halagüeño. Así, por ejemplo, don Mariano de Pano (4), cooperador entusiasta como presidente en aquel entonces del Ateneo zaragozano, de la que fué alma y vida de aquellas espléndidas fiestas que en Zaragoza y Pedrola se celebraron, la Excm.a Sra. Duquesa doña María del Carmen Aragón Azlor e Idiáquez, de imborrable recuerdo. Así, igualmente, el ilustre arqueólogo y bibliotecario de la Casa de Villanueva, don José Ramón Mérida, quien recoge, aunque sólo de pasada, la afirmación del anterior en el hermoso prólogo que escribió para el *Album Cervantino Aragonés*. Así, en fin, unos años más tarde, el académico M. de Asúa, el cual, con mejor intención que acierto, da como probado lo que no conoce, con la agravante de atribuir la razón de alguna de sus gratuitas afirmaciones al propio Cervantes (5). Tampoco vuelva a extrañarse nadie. Se

---

(4) "De una vez, por lo menos, sabemos que Cervantes estuvo en Aragón: cuando en compañía de Monseñor Acquaviva, Enviado Pontificio, hizo la *primera salida*, dejó por primera vez a su familia". (*Album Cervantino Aragonés*, Madrid, 1905, pág. 17, *Discurso en la Sesión literaria en la antigua Casa-Lonja de Zaragoza*).

(5) "Y digo todo esto (las razones que tuvo Acquaviva para visitar al Duque don Martín) a cuento de que, como paje del Embajador, de quien luego fué camarero, iba camino de Italia Miguel de Cervantes Saavedra, como consta y dice él en el prólogo de su *Galatea*, y, por tanto, es lógico pensar que en Pedrola estuviese alojado..." etc. (M. de Asúa: *Los Duques del Quijote*, en *Arte Español*, año V, tom. III, número extraordinario.—Madrid, 23 de abril de 1916).

La verdad lisa y l'ana es que Cervantes, en la dedicatoria que de *La Galatea*



trata de quien, al admitir la identificación de la *ínsula Baratania* con Alcalá de Ebro —¡lucidos quedábamos, si no!— asegura muy formal que el pueblecito de Alcalá de Ebro “distara cinco o siete kilómetros de la villa de Pedrola”.

Pues ésta es, y no otra, toda la trabazón de la infundada hipótesis, entiéndase, en sus líneas generales, para no descender aquí a la enumeración de todos aquellos trabajos que la recogen, más atentos a la parte anecdótica y literaria que a la realidad histórica (6).

Antes de asentar afirmaciones sobre ésta, es preciso confesar con Cotarelo que “el viaje a Italia de Cervantes, es uno de los puntos que más han dado que hacer a los biógrafos; sobre todo por la multitud de alusiones, más o menos explícitas que a él hizo el autor en muchas de sus obras, como las novelas de *La Gitanilla*, *El Licenciado Vidriera* y el *Persiles*, la comedia *El gallardo español*, y hasta en el entremés de *La guardia cuidadosa*” (7).

Permítaseme hacer alusión, antes que al viaje de Cervantes, al de monseñor Acquaviva.

En 13 de octubre de 1568 llegaba a Madrid, como enviado especial del Papa San Pío V, el hijo de los duques de Atri, monseñor Giulio Acquaviva y Aragón, de quien el embajador de Felipe II en Roma, don Juan de Zúñiga, decía que era “mozo muy virtuoso y de muchas letras”. Ciertamente, no te-

---

hace al abad de Santa Sofía, Ascanio Colona, alude a lo que había oído decir al Cardenal Acquaviva, “siendo yo su camarero en Roma”; pero nada dice que pueda permitir a nadie afirmar, ni por pienso, que le había servido ni acompañado en su camino a Italia: “Y si por esto —es lo que escribe Cervantes— no lo mereciere, merezcalo alomenos por auer seguido algunos años las vencedoras vanderas de “aquel sol de la miicicia que ayer nos quitó el Cielo delante de los ojos, pero no de “la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dignas della, que fue el “excellentissimo padre de V. S. Illustrissi. Iuntando a esto el effecto de reuerencia que hazían en mi animo, las cosas (que como en propheta) oy muchas “vezes dezir de V. S. Illustrissi. al cardenal de Aquauiva, siendo yo su camarero “en Roma. Las quales aora no solo las veo cumpidas, sino todo el mundo que “goza de la virtud, christiandad, magnificiencia, y bondad de V. S. Illustrissi. “con que da cada día señales de la clara y generosa estirpe do descende”. (*Obras completas de Miguel de Cervantes Saavedra*. Edic. de la Real Academia Española, Facsímile de las primitivas impresiones, tom. I, dedicatoria.—Madrid, 1917).

(6) Sirva, por todos ellos, el de Mariano Tomás: *Vida y desventuras de Miguel de Cervantes*. Edit. Juventud.—Barcelona, 1933.

(7) Emilio Cotarelo y Mori: *Efemérides Cervantinas, o sea Resumen cronológico de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, pág. 37.—Madrid, 1905.



nían que ser vulgares sus cualidades ni escaso su ascendiente en la Corte Pontificia, cuando, a sus veinticuatro años mal contados, se le confiaba la espinosa misión de solicitar ante Felipe II el desagravio de la jurisdicción eclesiástica, vulnerada, al parecer, por los ministros del rey en Milán, y la también ardua de dar a éste el pésame por la muerte del príncipe don Carlos. En el primer encargo iba a tropezar con la entereza de Felipe II en mantener las regalías en los Estados españoles de Italia; y en el segundo, la prematura muerte del príncipe, precedida de la negativa del padre a toda clase de recomendaciones a favor del desdichado, más la prevención real de que nadie expresase su pésame por tal fallecimiento, colocaba a monseñor Acquaviva en el trance de jugar un papel más que desairado. Efectivamente, fracasó. Y nos es dado ver una muestra, no sólo del fracaso del legado, sino del desabrimiento del rey, en el pasaporte que casi inmediatamente le mandó expedir, fechado en Aranjuez, a 2 de diciembre de aquel mismo año.

Pero no era cuestión de desaprovechar el viaje completamente. Y, en efecto, Acquaviva consigue de Felipe II que el pasaporte de su regreso a Roma se le expida "por Aragón y Valencia" y que en él se consigne un plazo de sesenta días: "A Monseñor de Acquaviva que los días pasados vino de Roma con cierta embajada, vuelva allá; y lleva cinco docenas de guantes adobados de ámbar y flores, una cuera adobada de ámbar, una docena de calcetas de seda y ropa blanca de servicio, y algunos fruteros y tobajas, de ellas labradas de oro, dos candeleros y una tocasalva de plata que trajo de Roma, y otros vestidos y aderezos de su persona y criados, y mil ducados de oro y plata; término de sesenta días, por Aragón y Valencia" (8).

Lo primero que ocurre preguntar es: ¿por qué este plazo tan largo hasta el momento de hacerse a la mar? ¿Y por qué este camino por Aragón, desde Madrid, para terminar en Valencia? Con evidente acierto supo ver aquí el Sr. Pano (9) mo-

---

(8) Cédula conservada en el Archivo de Simancas y aducida por Navarrete: (Ob. cit., pág. 284). Pérez Pastor: (*Documentos cervantinos*, vol. II, pág. 364) sugiere, lo que es probable, que la perentoria frase *vuelva allá*—como la imprimió Navarrete, debe leerse *vuelve allá*. (Véase J. Fitmaurice-Kelly: *M. de C. S., reseña documentada de su vida*, pág. 41, nota 2.—Oxford, 1917).

(9) *Album Cervantino Aragonés. Discurso...* pág. 18.



tivos verdaderamente poderosos, por no llamarlos decisivos. Acquaviva era oriundo, por su madre, de Aragón; ostentaba el mismo apellido que la primera de las ocho Casas del Reino; la Casa de los Aragón brillaba por entonces con un esplendor extraordinario; más, alcanzaba el cenit de su gloria con don Martín de Gurrea y Aragón, Conde de Ribagorza y Duque de Villahermosa, varón de muchas letras, como Acquaviva, ganador de inmarcesibles laureles en las guerras de Flandes, coleccionador entendido de mármoles griegos y romanos, de bronce y medallas, y celoso guardián de las colecciones de arte traídas de Italia por su abuelo don Juan, el sucesor del Gran Capitán en el virreinato de Nápoles, en su suntuosa morada de Pedrola, circundada de parques y jardines.

Consta, además, que en la Corte Pontificia, de la que venía como representante monseñor Acquaviva, gozaba don Martín de gran consideración y estima, como se ve por la Bula en la que Pío IV le había participado su exaltación al Pontificado (10).

Añádase, pues, que a la sazón era virrey de Aragón y arzobispo de Zaragoza don Hernando de Aragón, nieto del Rey Católico, y fácilmente se comprenderá que el embajador pontificio aprovechase este conjunto de favorables circunstancias para visitar a sus preclaros parientes de Zaragoza y Pedrola y gozarse en la comprobación de honras y grandezas que, a la postre, le honraban y engrandecían a él mismo, en no pequeña medida.

Bien, pero, ¿y qué tiene esto que ver con el posterior empeño de hacer ir a monseñor Acquaviva a Barcelona, para desde allí continuar el viaje a su país? La cédula, "efectivamente", no deja lugar a dudas: no menciona Barcelona para nada, y se expide dando a entender que el viaje, después de hacerse por Aragón, tiene que terminar en Valencia, lugar entonces de salida para los puertos de Italia, lo mismo que Cartagena, tan corriente como Barcelona.

¿A qué aferrarse, además, en buscarle al viaje complica-

---

(10) La Bula, que se conserva en el archivo de la Casa Villahermosa, está dada en Roma a 30 de abril de 1560. (J. Ramón Mélida: *Discursos de medallas y antigüedades que compuso el muy ilustre Sr. Don Martín de Gurrea y Aragón, Duque de Villahermosa, Conde de Ribagorza, sacados ahora a luz por la Excm. Sra. doña María del Carmen Aragón Azlor, actual Duquesa del mismo título, con una Noticia, de la vida y escritos del autor, por D...* p. XCVIII. Madrid, 1903).



ciones que, en el mejor de los casos, suponían un empleo superfluo de tiempo, que el legado pontificio restaba a la anhelada permanencia entre sus parientes españoles?

¿Y cuando en la cédula de Felipe II se le señalaba taxativamente, entre otras cosas, la ruta que había de seguir hasta salir de España, podía monseñor Acquaviva torcerla o estirarla por su cuenta y riesgo, saltando sobre todas las vigilancias, sin exponerse a desagradables incidentes?

Hay, sobre todas estas razones, una que en este punto puede considerarse como definitiva: por esta época, el *Dietari del Consell Barceloní* (Dietario del Concejo de Barcelona) da cuenta y referencia exactas, y al día, de todos los personajes de alguna importancia que entran y salen en la capital catalana. Nadie se atreverá a decir que todo un embajador del Papa, que regresaba con su séquito a Roma después de haber desempeñado un cometido oficial en la corte del rey Felipe II, era como para pasar inadvertido en la ciudad. Pues bien, el *Dietario* no registra para nada la estancia en Barcelona de monseñor Acquaviva (11).

Pues ¿y lo de llevar consigo a Cervantes en calidad de criado? Nada, absolutamente, lo persuade.

No hay razón, en primer lugar, como dice Fitzmaurice-Kelly (12), para suponer que Acquaviva supiera en este tiempo de la existencia de Cervantes, que no pasaba de alumno del Estudio de López de Hoyos en Madrid, y, en el mejor de los casos, de ayudante o pasante del maestro. La circunstancia de haber escrito Miguel de Cervantes "en nombre de todo el estudio" sus primeros versos con ocasión de la muerte de la reina doña Isabel de Valois (3 de octubre 1568), por los que el joven versificador recibe el calificativo de "nuestro caro y amado discípulo" (13) y la suposición de Pérez Pastor de que

---

(11) Debo este dato al ilustre cervantista y Conservador de la *Sección Cervantina* de la Biblioteca Central de Barcelona, Sr. Givanel y Más.

(12) Ob. cit., pág. 41.

(13) Tales versos fueron recogidos en la *Historia y relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y sumptuosas exequias funebres de la Serenísima Reyna de España Doña Isabel de Valois*, publicada bien entrado el año 1569 —la Tasa está fechada en 30 de agosto— por López de Hoyos. El libro va dedicado al Presidente del Consejo de Castilla y Cardenal don Diego de Espinosa, y contiene los sermones que entonces se predicaron y varias composiciones latinas y castellanas.—Madrid, Pierres Cosin, 1569, en 8.º.



el maestro de Cervantes *estaría* grandemente en gracia con el Cardenal Espinosa y *lograría* de esta manera interesar a éste en la suerte del joven Miguel de Cervantes ante Acquaviva, resultan argumentos tan inconsistentes y poco serios, que cervantistas tan documentados como Cotarelo, Fitzmaurice-Kelly y Rodríguez Marín ni siquiera los recogen, como no sea, alguno de ellos, para rechazarlos.

Además, al entrar un extranjero en nuestro país, se le obligaba a presentar relación de todas aquellas personas que le acompañaban, y es muy probable que, al salir, le obligaran a hacer lo propio, sin que a la comitiva pudiera agregarse gente, así como así. Cualquiera comprende, habida cuenta del resultado de la embajada, que lo más discreto en monseñor Acquaviva era partir de España con los mismos criados que había traído.

Y aún subiría de punto la dificultad, de aceptar como buena la opinión —y para ello no hay inconvenientes cronológicos, aunque los haya de otra clase— de que nuestro Cervantes es aquel Miguel de Zervantes del documento que inserta don Jerónimo Morán (14), sentenciado y huído a Italia, a causa de un misterioso lance en el cual resultó herido Antonio de Segura. Tendríamos que monseñor Acquaviva se había prestado a llevar oculto entre su servidumbre a un delincuente que bien pronto iba a ser reclamado por la justicia. No, no saquemos de quicio las cosas. Ni huído, ni oculto entre nadie, que no tenía por qué, sino con la cabeza levantada y solo hubo de pasar por el palacio ducal el joven Miguel de Cervantes, camino de Italia, cuando ya se encontraba en ella monseñor Acquaviva.

¿Solo? Supóngasele, si así place, sin temor a equivocación, una compañía, molesta y honrosa a la vez, con la que a sus veintún años estaba ya desposado y con la cual hizo, esforzado y jovial, la ruta entera de su vida: la pobreza, aquella honrosa

---

(14) En él se dice que "en Madrid se dió a 15 de septiembre de 1569 por los "alcaldes de la Corte, al alguacil Juan de Medina, carta-orden para prender a un "*Miguel de Zervantes* condenado en rebeldía a que le fuese cortada la mano derecha y destierro del reino por diez años y otras penas, por haber dado ciertas heridas a Antonio de Sigura andante en corte". (Morán: *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, pp. 134-5.—Madrid, 1867). No pocas razones se oponen a esta suposición, defendida, entre otros, por doña Blanca de los Ríos Lampérez: (*Del siglo de oro*, pp. 147-8.—Madrid, 1910).



pobreza que, como escribiría él más tarde, “puede anublar a la nobleza, pero no escurecerla del todo”. En ella está, mientras no se demuestre lo contrario, el secreto de su paso por el palacio de los Duques, camino de Italia (15).

Cervantes había llegado al tiempo de enfrentarse con la vida, sin más que sus propias fuerzas. De la mesa del padre, *andante* en corte y sangrador por necesidad tanto como por vocación, colgaban las escaseces bastante más que los manteles, y adivinábanse, en torno a éstos, más preocupaciones que mo-tes y más esperanzas que caudales.

Y nadie suponga que la participación que el modesto cirujano pudiera tener en ciertas casas de Sevilla, o el advenimiento al hogar familiar de alguna que otra ganga extraña, como aquella de parte de Locadelo, llevarían un solo rayo de luz al espejo de las ilusiones de Cervantes. Para aquel mozo honorable y de recto sentido, con ribetes de inquieto y de aventurero, que no quería contemplarse indefinidamente sumido en la penuria de un hogar sombrío y en la más triste de un nombre oscuro, era mezquino y de ningún valor todo lo que no fuese conseguir lo que la vida le había negado hasta el presente y quién sabe si le proporcionaría en el futuro: bienestar y fama. Su corazón ardiente era presa de los atractivos de una vida nueva, por caminos nuevos y bajo un cielo también nuevo. Lo exigía así el orden natural de las cosas, y a ese orden se ajustó, después de haber arropado su alma—alma cándida de poeta—con el cendal de unos sueños de rosa.

Cae fuera de mi propósito, además de que lo considero superior a mis fuerzas, indagar qué clase de recomendaciones pudieron abrir a Cervantes las puertas de la mansión ducal de los Villahermosa, ni buscar el entronque de una amistad común a ambas partes, que seguramente no faltó. De la misma manera, no pretendo aquí dar con el enigma del tiempo de su permanencia al servicio de Acquaviva, que, al parecer, tuvo que ser muy corto y que alcanzó, desde luego, la época en que éste era ya Cardenal (16).

---

(15) Muy probablemente, fué entonces cuando Cervantes pasó por Barcelona; y aquí nadie debe extrañar el silencio del *Dietario*, por tratarse de uno de tantos jóvenes de condición humilde embarcados para el extranjero.

(16) Acquaviva, creado Cardenal a mediados de mayo de 1570, murió en 21 de junio de 1574. Ni Fitzmaurice Kelly ni Cotarelo resuelven la cuestión. Para Paul



Para mi objeto, basta saber que, habiendo pasado el joven Cervantes por Pedrola, con toda probabilidad en busca de alguna súplica para Italia y, más en concreto, para Acquaviva, no pudo hacerlo antes ni después del año 1569 —¿otoño? ¿fines de verano?—, en cuyas postrimerías se encuentra ya en Roma (17), ya que, ni antes ni después, en toda la agitada vida del inmortal escritor, se ofreció una sola coyuntura favorable para que visitara los lugares, por los cuales quiso luego hacer pasar a los dos personajes más famosos de su fábula incomparable, envueltos en un trato familiar y magnífico.

No cabe siquiera el sospechar en la única ocasión en que pudiera haberlo hecho, dada la proximidad de Pedrola a Zaragoza. Celebraba esta ciudad en abril del año 1595 unas solemnes fiestas (18) y varios certámenes poéticos con motivo de la canonización de San Jacinto. Al segundo de estos certámenes, comunicados previamente a las principales ciudades de España y, en especial, a las Universidades de Salamanca y Alcalá, concurrió desde Sevilla Miguel de Cervantes, glosando una redondilla en alabanza del Santo. Esta glosa, que mereció

---

Groussac, Acquaviva era ya Cardenal cuando Cervantes entró a su servicio. (Véase *Une Enigme littéraire. Le Don Quichotte d'Avellaneda*, pág. 40. — París, 1903). De la misma manera opina Morel-Fatio: (Véase *Bulletin hispanique*, vol. VIII, página 256).

(17) En 22 de diciembre de 1569, el padre de Miguel de Cervantes pedía para éste en Madrid una información de hidalguía y limpieza de sangre. ¿La necesitaba Miguel para entrar como doméstico de Acquaviva? ¿Tal vez para ingresar en la milicia? Más creíble parece lo primero. En el documento se dice: "Rodrigo de Cervantes, andante en corte, digo que Miguel de Cervantes, mi hijo e de doña Leonor de Cortinas, mi lejitima muger, estante en corte Romana, le conviene probar e averiguar como es hijo lejitimo mío e de la dicha mi muger, y quel, ni yo, ni la dicha mi muger, ni mis padres ni ague'os, ni los de la dicha mi muger hayan sido ni semos moros, judíos, conversos ni reconciliados por el santo Oficio de la Inquisición ni por otra ninguna justicia de caso de infamia, antes han sido e semos muy buenos cristianos viejos, limpios de todo raiz; a V. M. pido mande hacer información de los testigos que acerca de lo susodicho presentare, la qual, hecha, me la mande dar por testimonio signado, interponiendo en ella su autoridad e decreto para que valga e haga fe en juicio y fuera del: pido justicia e para ello, etc.—Rodrigo de Cervantes.—Andrés de Ozaeta". (Pérez Pastor: *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos*, vol. II, pp. 11-12.—Madrid, 1897-1902).

(18) La relación de tales fiestas fué recopilada por Jerónimo Martel, cronista después del reino de Aragón, y publicada en Zaragoza por Lorenzo Robles en el mismo año de 1595.



el primer premio (19) consistente en tres cucharas de plata, y que, al igual que otras composiciones, había de leerse públicamente el martes, 2 de mayo, después de vísperas, en la iglesia del convento de los Dominicos, no fué leída por su autor, quien, dicho se está, continuó en Sevilla sin venir a Zaragoza para recoger el galardón merecido.

---

(19) Los jueces dieron su fallo en verso, e indicaron que el poeta Cervantes llegaba desde la gran materna Delo (Sevilla), cual otro Apolo, a recibir la corona del premio. Le calificaron de diestro y creyeron confirmar con su sentencia la opinión en que le tenía el mundo:

“Miguel Cervantes llegó  
tan diestro, que confirmó  
en el certamen segundo  
la opinión que le da el mundo  
y el primer premio llevó”.



### III

#### LOS DUQUES QUE HOSPEDARON A CERVANTES Y LOS DUQUES DEL "QUIJOTE"

Cabe considerar, al llegar aquí, otro hecho no menos cierto, y es que los comentaristas del *Quijote*, a partir de Pellicer, y con ellos el público lector, que gusta de ver en las narraciones novelescas un trasunto de la realidad, han considerado a los Duques del *Quijote* como verdades y efectivos.

Surge, por tanto, la pregunta de si entre éstos y los visitados por Cervantes hay verdadera coincidencia.

Superfluo es advertir que el mérito literario de la inmortal novela no quedaría empañado, en modo alguno, porque fuesen estos o aquellos, entre los Duques de Villahermosa, los elegidos como arquetipos, ya que la oportunidad y discreción que admiraba Clemencín por haber ideado Cervantes un Príncipe que remedase a campo abierto las aventuras caballerescas (1), quedan admirablemente a salvo, y más al comenzar la Edad Moderna, con cualquiera de los matrimonios de la noble familia aragonesa. En este sentido, pueden considerarse representados en los Duques anónimos todos los que realmente habían aquí existido hasta la época de Cervantes, ya que todos ellos, por la discreción, abolengo y poderío con que fueron conocidos en su tiempo, por su condición de magnates de sangre real y de verdaderos príncipes soberanos, ya que

---

(1) "Es de notar la oportunidad y discreción con que Cervantes, ya que ideó "un Príncipe que quisiese remedar las aventuras caballerescas, porque sólo un "Príncipe podía hacerlo con las de gasto y ruido, colocó el centro de ellas en el "campo y quinta de los Duques, donde fué posible el remedo sin que lo estorbasen "la autoridad y el orden público, como se hubiera estorbado infaliblemente en una "ciudad populosa. No alcanzando tanto el bueno del licenciado Avellaneda, llevó "a D. Quijote a Madrid, quiero decir, adonde era menos posible y más inverosímil "que se verificase ninguno de los sucesos que cuenta como pasados en la Corte". (Clemencín, *ob. cit.*, tomo V, p. 124, nota).



el Condado de Ribagorza conservaba aún su carácter de señorío independiente, por sus inmensas posesiones, en fin, donde la caza, la equitación, el solaz y el regalo podían practicarse larga y ostentosamente, fueron dignos de aspirar a la gran ventura de acoger en su castillo a tal caballero andante y a tal escudero andado.

Con todo —dice Pellicer— “aunque la intención del autor hubiera sido otra, fijó los tiempos y los lugares con tal puntualidad, que la relación de estos sucesos debe aplicarse a unos señores (y afirma luego que son los de Villahermosa) que viviesen en Aragón en *el siglo XVII*” (2).

Y, salvo la opinión del ilustre historiador don José Ramón Mélida, quien, atraído sin duda por la excelsa figura de don Martín de Gurrea y Aragón, cuya biografía tan magistralmente dejó escrita, prefiere un Duque como don Martín para la ficción cervantina, es unánime el parecer de los que con Pellicer, Clemencín y Rodríguez Marín ven en los magnates que tan delicada y, a veces, tan exageradamente embromaron a Don Quijote y a Sancho un reflejo de doña María Luisa de Aragón (nieta de don Martín) y de su esposo don Carlos de Borja y Aragón, Conde de Ficalho.

La historia abona esta segunda opinión.

La Casa de Villahermosa, según queda consignado, alcanzaba su máximo esplendor con don Martín y al tiempo, precisamente, en que a Cervantes le fué dado el visitarla; esplendor que quedó fuertemente grabado en la imaginación virgen del soberano artista y que, bien se ve, no desapareció de ella con los años ni con las vicisitudes.

En la plenitud de su vigor físico —cuarenta y dos años—, podía merecidamente don Martín entregarse al disfrute de una vida grata y ostentosa en el seno de una numerosa familia (3), que distribuía las horas de su formación intelectual y piadosa y de sus lícitos esparcimientos entre el palacio de Pedrola y

---

(2) *Ob. cit.*, p. 352.

(3) De doña Luisa había tenido ocho hijos: don Juan Alonso, don Hernando, doña Ana, don Martín Diego, don Francisco, doña María, doña Inés y doña Juana. Con todos ellos, excepto la última que murió a poco de nacer, vivían en Pedrola la Condesa de Salinas, madre de don Martín, doña Ana Sarmiento de Ulloa, y alguna de las hijas de ésta. De su matrimonio con doña María Pérez de Pomar tuvo don Martín solamente una hija, que casó en 1586 con su primo don Juan de Aragón, Señor de Ballobar y Las Casetas, y que, viuda pronto y sin sucesión, se dió a la vida religiosa en el Real Monasterio de Sigüenza.



la casa de placer de Bonavía (4). El hueco que justamente había dejado en su casa y en su corazón la muerte (1560) de su primera esposa, doña Luisa de Borja y Aragón, llamada la *Venerable*, quedó desde 1568 ocupado por su segundo matri-

(4) El grato retiro de Bonavía (*buena vía, buen camino*, acaso por pasar por allí el de Borja, Tarazona y Navarra) que, según Ramón Mélida, se extendía posiblemente hasta el monte llamado de la Fuempudia, era, según dice el Conde de Luna en la *Vida de Don Juan de Aragón*, "una casa de placer... muy regalada y de grande deporte... situada en el campo, con muchos jardines y grandes alamedas, bosques de caza cerrados y olivares y otras cosas muy deste propósito". Fué edificada por don Juan de Aragón, Duque de Luna, virrey dos veces de Cataluña, capitán general de Aragón y Castilla y Gran Castellán de Amposta, virrey y lugarteniente de Nápoles, a donde lo envió su tío, el Rey Católico, para suceder a Gonzalo de Córdoba, y al que, andando el tiempo, escribió la ruidosa carta que anotó don Francisco de Quevedo.

A la entrada de esta magnífica posesión, en la que murió el mencionado don Juan después de haber pasado los últimos años de su vida, fundó su hijo y sucesor, el Conde don Alonso, un Convento-Colegio de monjas de San Bernardo, para la educación y custodia de doncellas nobles, tal vez pensando en la recta formación de sus numerosas hijas. Con este objeto, obtuvo del papa Clemente VII una Bula, expedida a 18 de Febrero de 1530, por la que se le autorizaba para la fundación y dotación de dicho convitorio, que quedaba bajo la advocación de Nuestra Señora de la Esperanza y de San Ildefonso, y del cual el Santo Padre se reservaba el patronato. El propio don Alonso redactó el *Reglamento* del Colegio, escrito que incluye Latassa (*Biblioteca nueva*, p. 132) entre las obras del Conde. El Colegio dejó de funcionar, al parecer, a la muerte de su fundador (13 de noviembre de 1550).

De entre las doncellas que allí se educaron, merece recordarse doña Marina, la hermana mayor de don Martín, la cual, siendo dama de la Emperatriz Isabel y desposada por poderes con el Duque de Alcalá, del linaje de los Enríquez, hubo de volverse a Pedrola, en donde murió en la flor de su edad. La extraordinaria hermosura de doña Marina fué celebrada por Gonzalo Pérez, el célebre traductor de Homero, y por el poeta cortesano de la época, don Diego Hurtado de Mendoza, cuyo es el siguiente soneto:

En la fuente más clara y apartada  
Del monte, al casto coro consagrado,  
Ví entre las nueve musas asentada  
Una hermosa ninfa al diestro lado.  
En cabello se estaba, coronada  
De verde hiedra y arrayán mezclado,  
En traje extraño y lengua desusada,  
Dando y quitando leyes a su agrado.  
Ví cómo sobre todas parecía;  
Que no fué poco ver, hombre mortal,  
Inmortal hermosura y voz divina.  
Y conocíla ser Doña Marina,  
La que el cielo dió al mundo por señal  
De la parte mejor que en sí tenía.

(*Biblioteca de Autores españoles*, XXXII, p. 82, soneto IV).



monio con doña María Pérez de Pomar, la primogénita de don Sancho Pérez de Pomar y de doña Catalina Ximénez Cerdán, Señores de las Baronías de Sigues, Rasal y Ventué.

No necesitaba don Martín, para sentirse satisfecho, recurrir al caudal de los recuerdos y bienes que en Pedrola tenía de sus abuelos (5), sino a los suyos propios y a las realidades vividas y palpadas: el nombramiento de Alcaide de la ciudad de Daroca, otorgado (1552) por el Emperador Carlos V; el viaje a Inglaterra (1554) acompañando a Felipe II en sus bodas con la reina María Tudor; sus denodados servicios al César en la guerra con Enrique II de Francia, luego de haber pasado por Colonia y Amberes; su estancia en Roma y Nápoles, uniendo a su condición de soldado al servicio de España aquellas aficiones eruditas por las cuales ha pasado a la posteridad; su celebrado arrojo en la memorable batalla de San Quintín, en la que arrancó tres banderas al enemigo (6); su intervención eficaz en la toma del castillo de Castelet y en la rendición de la ciudad fortificada de Ham; el reconocimiento por Felipe II de tantos esfuerzos y de tanta lealtad, mediante la devolución a don Martín del Ducado de Villahermosa con las Baronías de Artana y Arenós, que permanecían secuestrados desde 1554 por haberse pasado el Príncipe de Salerno al bando de Enrique II; su destacada intervención, mientras permaneció fuera de su casa, en los actos más lucidos de la Corte española, ora acompañando a la Duquesa de Lorena en las negociaciones de paz entre Felipe II y Enrique II, ora volviendo a Bruselas para ser el portador de la espada imperial en las exequias mandadas celebrar (29 de diciembre de 1558)

---

(5) La misma provisión de Felipe II (Zamora, 6 de junio, 1554) interviniendo con provecho propio en el naciente pleito del Condado de Ribagorza, no pasaba por entonces de la categoría de amenaza, ya que don Martín alegaba sus derechos ante el Tribunal del Justicia de Aragón y se oponía con el recurso de "Aprensión" a los intentos de la Corona.

(6) El P. Nonell llega a decir que fué don Martín quien hizo notar al Rey que se había obtenido tan rotundo triunfo en el día del mártir español San Lorenzo, y que hasta le sugirió la idea de levantar un monasterio bajo la advocación de este santo aragonés, que fuera un testimonio del triunfo de las armas españolas (P. Jaime Nonell, *Vida y virtudes de la Ven. y Excma. Señora Doña Luisa de Borja y Aragón, Condesa de Ribagorza y Duquesa de Villahermosa*, p. 291, Manresa, 1897). Sea de esto lo que fuere, sabemos que en la lista de los cincuenta y tres caballeros que más se distinguieron por sus servicios a Felipe II en la guerra contra Francia, ocupa don Martín el duodécimo lugar (*Doc. inéd.*, IX, p. 523).



por el Monarca español en honor de su padre el César; bien visitando Fontainebleau (1559) al tiempo de las bodas de Felipe II con Isabel de Valois, bien acudiendo con el Rey a Gante, en donde se reunieron los Estados Generales de Flandes (7).

Y, simultáneamente, como compensación a las fatigas de la guerra, la realidad de un hogar venturoso, la evidencia de unos Estados prósperos, el bienestar de unos vasallos satisfechos con el retorno de su Señor, la creencia en una tranquilidad duradera, hija del cabal cumplimiento de los deberes de orden material y de orden espiritual en beneficio de sus súbditos, cumplimiento del que jamás se creyó dispensado don Martín (8), los primeros frutos de sus aficiones a la antigüedad clásica en su *camarín* de Pedrola (9), la alegría íntima venida en alas de amistades honrosas, como la del numismata Antonio Agustín, la del obispo de Arrás, al que en sus *Discursos* diputó don Martín como uno de los mayores eruditos de la época; la de los Príncipes Cardenales de Lorena y Guisa, y, en fin, la de los notables pintores Rolam de Mois y Pablo Esquert, traídos por él de Flandes.

Este era el aspecto de la Casa de los Villahermosa al tiempo de pasar por ella el joven Miguel de Cervantes, y de ese aspecto y de ese ambiente captó una visión certera el futuro autor del *Quijote*, en mayor o menor medida.

Mas, de repente —caso singular en la historia de la nobleza aragonesa— ensombrecen ese cuadro una serie de infaustos acontecimientos, que, al desatarse, arrastran al dolor y al ocaso a los Villahermosa: el espíritu de rebeldía, en primer lugar, de los vasallos de Ribagorza, favorecido por el terreno y por la proximidad de Francia (10), que desemboca en una conspira-

(7) De Gante pasó a Zelanda, y, embarcándose en Flesinga el 20 de agosto de 1559, regresó a España en la flota real y arribó al puerto de Laredo en 8 de septiembre del mismo año.

(8) *Apéndice*, doc. VI.

(9) Quien ha dejado noticia más completa de los escritos de don Martín es Latassa en su *Biblioteca nueva de los escritores aragoneses*, tomo I, pp. 393-395. Modernamente, han hecho referencia a los trabajos numismáticos de don Martín, Carderera, en su *Iconografía española*, Hübner en *Antike Bildwerke in Madrid*, *Corpus Inscriptionum latinarum*, y *Monumenta linguae Ibericae*, y Juan de Dios de la Rada y Delgado, en *Bibliografía numismática*.

(10) El Condado de Ribagorza tenía una extensión de unas noventa leguas cuadradas y estaba enclavado en la parte oriental de la prov. de Huesca. Limitábanlo Francia por el N., por el E. el río Noguera Ribagorzana que lo separaba de



ción terrible y adquiere, a veces, proporciones de escandalosa anarquía, en la que con grandes apuros logran salvar sus vidas don Martín y varios de sus hijos; el matrimonio que con tanta solicitud había procurado don Martín para su primogénito y sucesor, don Juan, con la hija de los Marqueses de Villena, doña Luisa Pacheco, que tiene todos los caracteres de un drama familiar misterioso y que acaba rápida y afrentosamente con las vidas de los jóvenes esposos. Y, como consecuencia de semejante tragedia, la enemiga constante hacia los Villahermosa del hermano de la desventurada doña Luisa Pacheco, el Conde de Chinchón, Ministro de Felipe II; la estudiada frialdad del Rey, mostrándose implacable en el asunto de Ribagorza, con aquel que había sido su compañerito de juegos cuando niño, y, ya hombre, su más leal servidor; la muerte de la Condesa madre, doña Ana Sarmiento (1576), rendida al peso de los contratiempos más que al de los años, impotente defensora siempre de los derechos de su hijo en el pleito de Ribagorza; los repetidos desengaños sobrellevados dignamente por don Martín, y para los que no halla más alivio que el que le proporciona el ejercicio de la piedad y el estudio y cultivo de la historia, hasta su temprana muerte en 1581.

Y, lejos de amainar la tempestad, se recrudece contra su hijo y sucesor en el Ducado, don Hernando, quien, casado al año siguiente con doña Juana de Perstein, hija de Wratislao de Bohemia y dama de la Emperatriz doña María (11), ve anulados los cortos años de su matrimonio por la constante rebeldía de los ribagorzanos, para hacer frente a la cual tiene

---

la prov. de Lérida, por el S. los términos de San Esteban de Litera, Tamarite y Monzón, y por el O. el Condado de Sobrarbe. Este histórico feudo de don Martín comprendía 17 villas y 216 lugares. De ellos, los más importantes eran: Benavarre, la capital, Graus, Estadilla, Fonz, Azanuy, Lasquarre, Peralta de la Sal, Calasanz, Alins, Roda, famosa sede episcopal; Benasque, plaza de armas en la frontera de Francia, y los Monasterios de San Pedro de Taberna y Santa María de Ovarra.

(11) "1582.—*Desposorio del Duque de Villahermosa*.—Sábado a 10 de agosto "oyó su Mag. missa en S. Francisco, y después en Palacio se desposó el Duque de "Villahermosa don Hernando de Aragón con la Duquesa Dona Anna Dernestan: "estauan los dos Arçobispos de Çaraga. y Seuilla y su Magd. sacó a la Duquesa de "la mano y los desposó el Arçobispo de Seuilla. El mesmo dia despues de comer "se partió su Magd. para Madrid de la manera que entró en Çaragoça, y lleuó "consigo a la Duquesa ya desposada". (Del *Libro de memorias de la Seo*, conservado en el archivo de la Catedral de Zaragoza, aducido por J. Ramón Mélida, *ob. cit.*, p. CXXIII). A esta boda asistió un pariente de la novia, San Luis Gonzaga, que venía en el séquito de la madrina, la Emperatriz.



que recurrir a las armas, y por agobios económicos (12), hasta que, por fin, se ve obligado a rendirse a la voluntad del Rey, a quien pasa el Condado de Ribagorza, a cambio de las Encomiendas de Bexis y Castells de Castells en el reino de Valencia.

En estas condiciones, sobrevienen los desgraciados sucesos motivados por la causa de Antonio Pérez, que dan lugar a las alteraciones de Aragón y a la muerte del Justicia. Y aquel a quien la Historia ha juzgado como "persona abonadísima y llana, que llevaba el corazón en las palmas", que "acude con ánimo sano y seguro al servicio del Rey" (13) y que en los tumultos de Zaragoza (1591) expone su vida y se muestra ejemplar aragonés, es tratado como culpable y ve correspondida su lealtad con el aprisionamiento. Traslado rápido a Burgos, en donde se le somete a proceso, confiscación de todos sus bienes y encierro en el castillo de Miranda, de donde llega a Pedrola la noticia de su misteriosa muerte (1592) antes que la de su enfermedad.

No alcanzó don Hernando, en su matrimonio con la hija del Gran Canciller de Bohemia, un hijo varón que heredase los bienes y los honores de la Casa de Villahermosa. Dejaba, empero, al morir, y por cierto sumida en la frialdad de la general indiferencia y casi de la pobreza (14), una niña de pocos años que recordaba en el nombre y en alguna de sus cualidades a su abuela paterna, la hermana de San Francisco de Borja: María Luisa de Aragón y Perstein.

El cariño y la solicitud maternas lograron preservar a esta niña de los embates de la desgracia, mientras se sustanciaba la causa de su padre en el Consejo de Aragón y la justicia dictaba, aunque tardíamente (1595), sentencia absolutoria de la memoria, ya que de la persona no era posible, del desventurado Duque. Por esta sentencia se devolvía también el Ducado de Villahermosa a la niña María Luisa.

Mientras, y también por los desvelos de su madre en Madrid, María Luisa había pasado parte de su infancia en el real

(12) Falto de dinero, llega don Hernando a desprenderse de alguna finca en Pedrola (*Apéndice*, n.º VII).

(13) Conde de Luna, *Comentarios a los sucesos de Aragón de 1591 y 1592*.

(14) La viuda de don Hernando recurre en 1592 al Capítulo eclesiástico de Pedrola solicitando, de prestado, un paño de terciopelo negro para la tumba de su esposo en Miranda, y también dinero, que devuelve al año siguiente, traspasando unos albaranes que tenía contra dos vecinos de Pedrola (*Apéndice*, docs. VIII y IX).



palacio, sirviendo de menina a la reina doña Margarita de Austria.

Y en esta coyuntura fué cuando Cervantes conoce de cerca en la Corte a la inocente hija de don Hernando, y la conoce tal cual ella se manifiesta a la vida: aureolada con la diadema del infortunio, indiscutible heredera de las aficiones de sus antepasados al arte y a la literatura y unánimemente elogiada por su despierto ingenio y por su angelical belleza, al tiempo en que, saliendo de menina, calzaba ya chapines (15).

Y Cervantes, corazón siempre agradecido, panegirista siempre entusiasta de sus bienhechores, que no había perdido con los años el recuerdo de la casa de don Martín en Pedrola, que presenciaba ahora (1610) las bodas celebradas con grandes festejos en Madrid de la nueva Duquesa de Villahermosa con su primo segundo, don Francisco de Borja y Aragón, Conde de Ficalho (16) y que pensaba, o tal vez se ocupaba ya, en urdir equilibrada y despaciosamente la parte principal de su inmortal fábula, halló en aquellos nobles esposos —apuestos, eruditos y discretos, en realidad de verdad— los tipos ideales que se encargaran de mantener con su hospitalidad, con sus burlas y con su protección al caballero andante y a su escudero, la maravillosa unidad e interés que campea en la segunda parte de ese “mundo poético completo” que es el *Quijote*.

---

(15) Bartolomé L. de Argensola ponderó la belleza de María Luisa en este soneto titulado “Cuando saliendo de menina calzó chapines”:

“Cuando el amor sus flechas aprestava,  
vuestra hermosa niñez, Real Señora,  
como quien su vecino daño ignora,  
el orbe la defensa despreciaba.  
Así las llamas, súbitas sacara  
centella en otro tiempo, incendio agora!  
Ya amor, subido en alto, se mejora  
para exparcir los daños de su aljaba.  
Y porque herir las almas de improviso  
le disminuye al vencedor la gloria,  
noble pregón, que se defiendan suena,  
Mas como ven que es vuestra la victoria,  
aperciben los pechos a la pena  
i niéganlos al importuno aviso”.

(*Rimas*, edición de 1634, pág. 484.

(16) Llegó don Carlos a Consejero de Estado de Felipe IV y Presidente del Consejo de Portugal. Por este motivo, quizá, los nuevos Duques vivieron más en Castilla que en Aragón.



¡Qué pureza estética, qué humor reflexivo y sereno arrancan al Príncipe de los Ingenios las actuaciones todas de aquella *bella cazadora, recién casada* (17) y *cuyo título* —sin duda por haber resultado demasiado conocido— *aún no se sabe!* (18). ¡De qué aristocrática manera parece que se recrea, siempre que hace intervenir al inteligente y regocijado Duque! ¡Cómo se complace en presentar al mundo (19) con brillantes matices unos Duques modelo de gracia, de cortesía y de señorío, a los que lleva luego —quizá sin él mismo saberlo— a las regiones de la inmortalidad!

¡La inmortalidad!..., esa es la palabra. Que si hasta las bestias que montaron Don Quijote y Sancho, en frase de Menéndez y Pelayo, participan de la inmortalidad, con mayor razón hubo de quedar vinculada en los lugares y en las personas que ellos recorrieron y visitaron.

Así pagó Miguel de Cervantes y Saavedra, viejo ya y trabajado por muchas adversidades, el generoso aunque efímero hospedaje que un día, joven y cargado de ilusiones, recibió en el palacio de Pedrola.

(17) Aquí coincide con la realidad la afirmación de Doña Rodríguez, así como la fecha (20 de julio de 1614) en que Sancho escribe a su mujer desde el castillo de los Duques.

(18) Ese tesón en guardarle el incógnito, hasta cuando la escribe Teresa Panza, que pone en el sobrescrito "Carta para mi señora la duquesa tal, de no sé dónde", y en no bautizarla durante toda la narración con ningún título ficticio, cuando tantos, seguramente, acudirían a la retozona pluma del autor, es buena prueba de la finura, delicadeza y respeto de Cervantes hacia la joven Duquesa.

(19) Créase, hasta hace poco, que de la figura de la Duquesa del *Quijote* no había más idea que la dada por Cervantes; pero en la Exposición de los recuerdos que de España se conservan en Bohemia, organizada en Madrid, en marzo de 1931, por el entonces ministro de Checoslovaquia Mr. Vastimil Kival, e inaugurada por S. M. Alfonso XIII, apareció el retrato de la Duquesa María Luisa, cuando niña, así como el de sus padres Don Hernando y Doña Juana. Actualmente se guardan en el castillo de los Príncipes de Lobkowitz, a donde fueron a parar porque, extinguida la línea directa de los Perstein, quedó sólo la de una hermana de la Duquesa Doña Juana, llamada Polixena, que había casado con un Príncipe de Lobkowitz.

El retrato de la niña está dedicado a su abuela Doña María Manrique, esposa de Wratislao, libre Barón de Bohemia y del Consejo del Emperador de Alemania, lo que hace suponer que los retratos de los padres fueron también enviados a dicha dama.

De tales cuadros posee el actual Duque de Villahermosa una reproducción fotográfica, que viene a llenar de algún modo el vacío que se notaba en la valiosa colección de cuantos han llevado este título.



## APÉNDICE

### DOCUMENTOS INÉDITOS

---

#### I

*El Conde don Martín manda celebrar al Capítulo eclesiástico de Pedrola una misa cantada y el oficio diurno y nocturno por el alma de la reina.—Valladolid, 19 abril 1555. (Arch. parroquial de Pedrola.)*

Reverendos en Xpo padres, ya sabreis de la muerte de la reyna nuestra señora Dios le haya el alma. Direis por su alma vna misa cantada y ell oficio diuno y nocturno con la solenidad que para ello se requiere, yo ando nauegando con mis pleitos Dios los encamine y estoy muy bueno, roga padres a Dios por mi salud. El guarde vuestras Reverendas personas. De Valladolid a XVIII de abril 1555. Muy Reverendo y Reverendos en Xpo padres, vuestro devoto El conde Ribagorza.—*Al dorso:* A los muy Reverendo y Reverendos capellan mayor y capellanes de mi Capilla de Pedrola.

#### II

*El conde don Martín comunica al Capítulo eclesiástico de Pedrola que, estando para volverse a sus Estados, aprovecha una nueva coyuntura que se le ofrece para arrostrar nuevos peligros en la guerra y servir mejor a su rey.—Bruselas, 8 abril 1557. (Arch. parroquial de Pedrola.)*

A los muy Reverendo y Reverendos en Xpo. padres.

Estando determinado a pedir licencia a su magestad para boluerme a mi casa pues que aquí no hauia en que seruir, se ha offreçido esta jornada y aunque en ella no se ha de dexar de padeçer grande trabajo es para mi muy gran descargo hauerme hallado aquí donde pueda hazer seruicio en tal coyuntura e querido escriuiros esta rogandos muy affectuossa mente que mencomendeys como acosumbrays a nuestro sennor pues estoy determinado de no dexarme deponer a qualquier peligro pues conuiene al seruicio de mi rey. A nuestro sennor plegue de me dar salud para emplealla toda en esto, que si la vida se a de perder dentro en pocos annos, que sea donde



a de ser tan bien empleada como aqui. Encomiendos como siempre el officio diuino y a cada vno de uosotros particularmente que mencomendys a nuestro sennor en vuestras oraciones. Tengaos nuestro sennor en su guarda. De Brussellas a VIII de abril 1557. Muy Reverendo Reverendos en Xpo. padres, vuestro devoto, El conde de Ribagorza. — A los Muy Reverendo y Reverendos en Xpo. los capellan mayor y menores de mi Capilla de Pedrola.

## III

*El Duque don Martín, a su regreso de Flandes, participa al Capítulo eclesiástico de Pedrola su próxima llegada a esta Villa.—Zaragoza, 26 octubre 1559. (Arch. parroquial de Pedrola.)*

Muy Reverendo y Reverendos en Xpo. padres. Vuestra carta recibí con Cabaneda y mucho contentamiento con ella y que tengais salud, agradezcos mucho el que habeis tenido con mi venida, yo me desembaraçare de aqui y yre a esa villa adonde nos veremos y reconoceremos. Yo creo bien que habeis tenido particular cuidado de encomendar me a Dios en vuestros sacrificios, todo esto conoceré yo siempre, tengaos nuestro Señor en su guarda. De Çaragoca a 26 de octubre 1559. Muy Reverendo, reverendos en Xpo. padres, vuestro devoto. El Duque.—*Al dorso:* A los Muy Reverendo y Reverendos en X<sup>o</sup> padres los capellan mayor y capellanes de mi capilla de Pedrola.

## IV

*El Prior, Canónigos y Cabildo de Borja solicitan del Duque don Martín un órgano pequeño, si no se precisa en la iglesia de Pedrola, por haber quedado destrozado el de Borja, a causa de una centella.—Borja, 25 junio 1567. (Arch. parroquial de Pedrola.)*

Illmo señor. El dia primero después del dia del Corpus nuestro señor permitio fuesemos visitados en esta yglesia con vna centella de fuego la qual entre otras cossas nos a Ruyno el organo de tal suerte, que no se puede tañer y la notable falta nos haze ser atrebidos sin haber hecho seruitios a Vuestra Señoria que es suplicando nos la haga por vnos pocos dias mandarnos dexar un organo pequeño entendiendo no ha de hazer falta estos dias en yglesia de Vuestra Señoria por lo qual de nuestra parte suplicar inbiamos a nuestro concanonigo Pedro Garnica al qual Vuestra Señoria mandara dar entera creentia Cuya illustrisima persona de Vuestra Señoria nues-



tro señor por muchos años guarde y estado acreciente como sus seruidores deseamos. De Borja a XXV de junio 1567. De Vuestra Señoria Illustrisima mas ciertos seruidores sus manos besamos los prior, canonigos y cabildo de Borja.—*Al dorso:* Al Illustrisimo señor don Martin de Aragón duque de Villahermosa.

## V

*La Condesa de Salinas, doña Ana Sarmiento, madre de don Martín, se interesa ante el Capítulo eclesiástico de Pedrola a favor de un tal Gálvez, en deudas con dicho Capítulo.— Zaragoza, 15 noviembre 1570. (Arch. parroquial de Pedrola.)*

Muy Reverendo y Reverendos en Xpo padres.

El duque ha echo ver aqui el drecho que teneis al treudo de la casa de Galvez y os escribe lo que proçede de justicia, lo que yo os Ruego y encargo, padres, es que pues este es negocio que os le hallais y ay evidencias y consideraciones por do se puede creher que esto no se deue, pues no ay memoria deque se haya cobrado, que de las recargas le hagais gracia, que lo tendre en tanto como si a mi se hiziese y no solo como sacerdotes estais obligados a esto pero avn ayudarle a buscar los recados y escrituras que podría haber para saber si lo debe o no, esto os ruego encarecidamente en general y particular, y guarde nuestro Señor vuestras Reverendas personas como puede. De Caragoca a XV de noviembre 1570. A lo que diran [ ]. La condesa dona Anna.—*Al dorso:* A los muy Reverendos capellan mayor y Beneficiados de la Villa de Pedrola.

## VI

*El Duque don Martín anuncia su visita general a los pueblos del Ducado de Villahermosa, empezando por Pedrola, mediante bando que se publicará a voz de corredor por tres días y se fijará en los sitios visibles de todos los Concejos.— Pedrola, sin fecha. (Arch. parroquial de Pedrola.)*

Nos, Don Martin de Gurrea y de Aragon, Duque de Villahermosa y Conde de Ribagorça &. a todos y quales quiere alcaydes, justicias y officiales y singulares personas de todas y quales quiere villas y lugares nuestros, salud y dilection. Por lo que toca al descargo de nuestra consciencia y al amor que os tenemos y a la buena y recta administración y a vuestro buen gouierno os hazemos saber que aunque ocupado de graues negocios de la pena y dolor que nuestro señor ha seydo seruido darnos emos determinado con nuestra propia perso-



na hazer la visita general en *nuestra* tierra commençando desde *nuestra* villa de Pedrola, por tanto os hazemos saber *que* qualquiere persona *que* tuuiere *quexa* de *que* en nombre *nuestro* o en otra manera *nuestros* oficiales o alguno dellos le huuiere agrauiado en algo o hecho otra fuerça o mal tratamiento o sin *justicia* por soborno, por amistad o parentesco o otra qualquiere causa o hubiere dexado de pronunciar y declarar *justicia* por no hazer contra alguna parte a quien tuuiere gana de fauoresçer o cosas algunas semejantes *que* malos juezes suelen hazer en sus officios lo probando letima mente le haremos satisfacion legitima. Otro si assi mesmo si algun particular confiado en fauor de dichos juezes o oficiales de ser mas ricos huuiere agrauiado algun pobre o oprimido algun vobre o alguna viuda o huerfana e otra qual quiere persona sera tambien legitima mente castigado. Otro si si alguno ocupa alguna hazienda de concejo comun de dicha Villa o pueblo sera tambien legitima mente castigado. Otro si se hara lo mismo de qual quiere particular persona *que* encubriere o detuuiere bienes agenos o de *nuestra* Villa o de particular contra voluntad de cuyos son. Otrosi por quanto desseamos *que que* (*sic*) todas las cosas se reglen y hordenén bien para *nuestro* descargo y *vuestra* vtilidad os amonestamos *que* qualquiere *que* entendiere *que* alguna cosa particular *que* conuiene al bien comun estatuir o ordenar o delas ya estatuydas reuocar *que* dello nos aduiertan en publico o en secreto y las *quexas* y *agrauios que* tuuieren. Otro si el que supiere que alguna persona o personas de la dicha villa o pueblo entiendan en logrear y en hazer tratos vsurarios ylicitos y improbados en qualquiere manera aquellos nos notifiquen. Otro si alguno o algunos ay *que* esten amancebados o que viuan deshonestamente en descandalo o infamia del pueblo, o alguno este publicamente infamado dello nos lo notifiquen. Otro si nos notifiquen si ay algunos jugadores tahures de tal manera *que* hiziendo officio dello dexen de entender en sus haziendas y se ocupen en el juego y los *que* tienen tablaje en su casa dando naipes, dados y otros instrumentos para exercicio del juego a los *que* alli quissieren ir a jugar. Otro si nos notifiquen si ay algunos juradores, blasfemos, renegadores y otros *que* traen el nombre de *nuestro* Señor y de sus Sanctos en la boca para vituperarlos, affin y effecto *que* en todas las cosas suso dichas pongamos el remedio *que* conuiene, amonestando, reprimiendo y castigando a todos aquellos *que* en las cosas suso dichas, o alguna o algunas dellas se hallaren ser culpados midiendo el remedio con la necesidad *que* viuiere del. Quien alguna delas cosas suso dichas supiere le encargamos mucho la consciencia *que* lo diga, asegurandole *que* por ello no le vendra danno alguno aunque la *quexa* fuesse de *nuestro* propio hijo primogenito, entendiose ser verdaderas y no calumniosas, en testimonio de lo qual emos mandado dar las presentes letras



para *que* lleguen a noticia de todos y para *que* por ignorancia de algunos no sea cargada *nuestra* consciencia rogamos a los reverendos vicarios *que* juntando en la yglesia las lean tres veces en tres dias de fiesta y affizen las copias dellas a la puerta de sus yglesias. Otro si mandamos a *nuestros* oficiales *que* las hagan gritar publicamente a voz de corredor tres dias a la hora y tiempo que mas gente estuviere juntada y tambien affixen el traslado en parte o partes *que* se suele ajuntar el concejo el qual hagan ajuntar para *que* oygan leer *nuestra* dicha prouision, y asinamos hora para oir a todos de justicia si alguno quisiere pedirla o notificar alguna delas cosas sobre dichas desde las dos horas del dia hasta la quatro horas, en el qual tiempo nos y *nuestro* secretario esperaremos para tomar las deposiciones con juramento y los *que* quisieren dezir en secreto, fuera de esta hora oyremos a qualquiera hora aun que sea de noche. En testimonio dello qual mandamos hazer las presentes firmadas de *nuestra* mano y selladas con *nuestro* sello y refferendadas por *nuestro* secretario infrascripto. Dat. Al dorso: G. Serra.—*Tambien al dorso y con letra de don Martin: escrebi este por formulario.*

## VII

*El Duque don Hernando vende por doce mil sueldos jaqueses al Capitulo eclesiástico de Pedrola un pajar que confronta con los graneros de palacio, eras de nuevos convertidos y muralla de dicha villa, más la venidera cosecha de la aceituna del Cerrado de Bonavía. — Copia de la escritura de venta, hecha ante el notario de Pedrola Juan de Piedrafita.—1590. (Archivo parroquial de Pedrola).*

In Dei nomine. Sea a todos manifiesto que Nos Don Hernando Gurrea y Aragon, Duque de Villahermosa, Conde de Ribagorza, Señor de la Villa de Pedrola, &, domiciliado en la ciudad de Caragoza, de presente residente en dicha *nuestra* Villa de Pedrola, de grado y de *nuestra* cierta ciencia, certificado bien y llenamente de todo *nuestro* derecho en todo y por todas cosas por nos y los *nuestros* herederos y successores presentes, absentes y aduenideros con y por thenor y titulo de la presente carta publica de vendicion haora y a todos tiempos firme y valedera y en alguna cosa no reuocadera, VENDAMOS y por via y titulo de pura, perfecta e irrebocable vendicion luego de presente libramos, cedemos, transpassamos y desenparamos a y en vosotros los Reuerendos Capellan Maior, Beneficiados y Capitulo que de presente seis de la Parrochial Iglessia de *Nuestra* Señora de los Angeles dela dicha *nuestra* Villa de Pedrola, y a los Capellanes Maior y Beneficiados que por tiempo seran de dicho Capitulo y Iglessia de dicha Villa



para vosotros y a los vuestros en dicho Capitulo y Iglessia successores, assaber vn patio nuestro y que nos tenemos y posehemos sittiado en nuestra Villa de Pedrola el qual nos seruia de pajar, que confrenta con graneros nuestros y con heras de nuebos combertidos y con muro de dicha nuestra Villa, y toda nuestra cogida de oliua aparente que de pressente hai en en todo nuestro Cerrado de Buenabia, que se cogera assi en el presente e infrascripto año como en los meses de Henero, Ebrero y Marzo de mil quinientos nobeinta y uno, toda la dicha oliua que en dicho nuestro oliuar y Cerrado de Buenabia se hallare y se cogiere en dicho tiempo, que confrenta el dicho nuestro Cerrado de Buenabia con la terminada de la Bal y con terminada de la Berguilla y camino de Plasencia y con cequia Imperial, sittiadas dichas terminadas en el termino de la Villa de Pedrola, assi como las dichas confrontaciones encierran, circundan en derredor y departen el dicho patio arriba confrontado, assi aquel ab integro con todas sus entradas y salidas, lumbres, bertientes de aguas, derechos, pertinencias y mejoramientos que el dicho patio de pressente tiene y le pertenecen y acatan, tener, pertenezer y acatar le pueden y deuen, podran y deberan, en qualquiere manera y tiempo, y toda la dicha oliua de dicho nuestro Cerrado de Buenabia y cogida de aquella, VENDEMOS a bosotros dichos Capellan Maior, Beneficiados y Capitulo que de pressente soys de la Parrochial Iglessia de Nuestra Señora de los Angeles de la Villa de Pedrola y a los Capellan Maior, Beneficiados y Capitulo que por tiempo seran de dicha Iglessia de Pedrola, segun dicho es, franco y quito el dicho patio de todo qualquiere cens, treheudo, anibersario, vinclo, obligacion, mala voz, retenimiento y contradicion nuestra y de los nuestros et de persona otra alguna, y toda la dicha oliba de todo nuestro olibar y Cerrado de Buenabia, con cargo empero de Diezma y Primicia y los demas derechos que de dicha oliba de dicho nuestro Cerrado se deban y acostumbren pagar, el qual dicho patio y dicha oliba de dicho Cerrado de Buenabia hos vendemos, segun dicho, por precio es assaber de doze mil sueldos jaquesses, los quales yo dicho vendedor de vosotros dichos compradores ottorgamos hauer hauido y de contado en poder y manos nuestras haber recibido, renunciantes a la excepcio de frao y de engaño... etc.—Fecho fue aquesto en la Villa de Pedrola a veinte y tres dias del mes de Agosto del año contado del Nacimiento de Nuestro Señor Jesuchristo de mil quinientos nobeinta, a lo qual fueron presentes por testigos Pedro de Ag[ ] y Jusepe Ribera, criados del Ilmo. Duque de Villahermosa, residentes de pressente en la Villa de Pedrola, a lo sobre dicho llamados y rogados. En la notta original de la presente estan las firmas y subcripciones de fuero del presente Reyno de Aragon requeridas. † Signo de mi Joan de Priedrafita hauitante en la Villa de Pedrola y



por authoridad real por todos los Reynos, tierras y señoríos de la Catholica Magestad del Rey Don Phelipe nuestro señor publico nottario, que a lo sobre dicho juntamente con los testigos arriba nombrados pressente fui y de mi propia mano escriui et cerre.

## VIII

*La Duquesa viuda de don Hernando, doña Juana Perstein, ruega al Capítulo eclesiástico de Pedrola el envío de un paño de terciopelo negro para la sepultura de su esposo, cuyo cadáver ha de quedar depositado en Miranda, hasta que Su Magestad dé licencia para el traslado. Promete hacer, cuando pueda, otro paño y garantiza el actual envío con un dosel de terciopelo carmesí.—Zaragoza, 27 diciembre 1592. (Arch. parroquial de Pedrola).*

A quien tambien sabe como Vuestras Reverencias mis necesidades y tantas obligaciones como me han quedado, bien podre escusar el desirlas para encarecerles lo que aora se me ofrezce, de mayor importancia, y que por la breuedad solo me queda el pidirselos a Vuestras Reverencias, el Duque mi sennor que Dios tenga con sus Angeles (es assi me desdicha) que a de quedar depositado en Miranda hasta que su Magestad de licencia, y para sobre su sepultura se a de imbiar forçosamente vn panno de terciopelo, y por lo que arriba digo es imposible poderse hazer con la breuedad que se deue ni tengo otro remedio sino pidirseles a Vuestras Reverencias con el encarecimiento que puedo me den el panno de terciopelo negro que tienen para sobre la tumba de los Duques con la cruz de carmesi y los escudos en las esquinas para que lo pueda imbiar luego, que yo ofrezco de hazer otro a su satisfacion y contento y de la propia manera y aun mas abentajado con la mayor breuedad que sea posible y para en seguridad y resguardo dello yo les imbiare el dosel nuevo de terciopelo carmesi del qual podran hazer a su voluntad en casso que se tardare una ora mas a hazerlo de lo quese les offreciere, pidoles por merced que en esto no me falte siquiera porque no pueda dezir se me ha buuelto en un punto todo contrario, pues sera tan cierto cumplir yo con lo que les offreciere, y aun podria ser gratificado a essa iglesia con otras cossas mayores antes y despues que se traiga el cuerpo, como lo confio en la misericordia de Dios Este propio no imbio por otro sino para que me abisen si lo querran dar, despachen melo conbreuedad, y guardeles nuestro Sennor como puede. De Caragoca a 27 de deziembre 1592. La Duquesa de Villahermosa.—Al cappellan Mayor y Capitulo [de la iglesi]a de Pedrola.



## IX

*La Duquesa viuda de don Hernando, doña Juana Pers-  
tein, traspasa, mediante albarán, la deuda de cien escudos que  
había pedido prestados al Capítulo eclesiástico de Pedrola.—  
Zaragoza, 30 abril 1593. (Arch. parroquial de Pedrola.)*

Yo dona Juana de Pernestan (*sic*) duquesa de Villaher-  
mosa y Condesa de Ribagorza, digo que atendido y conside-  
rado que vosotros Jeronimo Abenamir y Jeronimo Matrox,  
labradores vezinos de Pedrola y vasallos que erades del Du-  
que mi senor don Hernando y mios os obligastes en sendos  
albaranes de cada cinquenta escudos que hazen suma de cien  
escudos por razon de herencia que hubimos y os lo repartistes,  
los quales albaranes son hechos de mano de Juan de Piedra-  
fita notario y se hizieron estando el duque mi senor en Ma-  
drid, que habrá tres a quatro anos poco mas o menos, y por  
quanto el capitulo, o, capitulares de la yglesia de Pedrola  
me prestaron cien escudos y en paga dellos les consignamos  
los dichos cien escudos que vosotros debiades y los habeys  
pagado o estays obligados a los dichos capitulares a pagar  
los sobre dichos cien escudos que por *vuestros* albaranes me  
debiades, por tanto doy mi fee y palabra de no pedir ni de-  
mandar los dichos cien escudos ahora ni en ningun tiempo  
ni quiero que los albaranes que me hizistes sean balidos ni  
por ellos ninguno os los pueda pedir ni demandar que por  
aberseme perdido no os los restituyo y por ser assi verdad  
mande a mi secretario lo hiziese este de su mano y lo firmo  
de mi nombre en Caragoca a 30 de Abril 1593. La Duquesa de  
Villahermosa.

---







